



ANTONIO MERCERO

EL
FINAL
DEL HOMBRE

SERIE SOFÍA LUNA 1

booket

Antonio Mercero

El final del hombre

Serie Sofía Luna, 1



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Antonio Mercero, 2017

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.886-2025

ISBN: 978-84-08-30982-6

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

El mundo es de las mujeres. Un velo separa esta verdad de la comprensión de los hombres, y en algunos hogares y oficinas se guarda todavía como un arcano.

En casa de los Bálméz, por ejemplo, la noche de San Isidro los gritos empezaron más tarde de lo normal. Llegaron con claridad hasta el cuarto de baño, donde Mara se estaba lavando los dientes y pensaba que tal vez podría bajar al salón a ver la tele un rato con sus padres. Pero no. La mecha había prendido mientras recogían los platos de la cena.

A Mara le pareció que su madre se defendía con mucha vehemencia, como si hubiera decidido plantarse de una vez por todas. Le gustó la novedad, pero a la vez le dio miedo. Se refugió en su habitación y, a través de la ventana, vio que el chalé de Jon seguía a oscuras. Lamentó haberle prestado su móvil, ahora no podía comunicarse con él.

Del piso de abajo llegó el estrépito de algo que se rompía. No era un vaso, ni un jarrón. Tal vez el marco de una foto. ¿La de ella subida a un caballo? ¿La de ella y

Alejandra en la playa, tendidas en la arena y enterradas hasta el cuello? Esperaba que no, esa le gustaba mucho y las fotos desaparecían cuando estallaba el cristal del marco en alguna discusión. Su madre podría comprar otro marco y colocar la foto de nuevo, pero nunca lo hacía.

Cada vez quedaban menos fotos enmarcadas. Ya había desaparecido la de ella de bruja en la última fiesta de Halloween, y también fue retirada la mejor de todas: ella soplando las velas de su tarta de doce años. En esa imagen salía junto a Jon, guapo y sonriente, cómplice secreto y feliz de estar a su lado. Por eso era su favorita. Ese fue el día de la revelación más importante de su vida: Jon salía con su hermana Alejandra no porque le gustara, sino por poder estar cerca de ella, de Mara. Como todavía era una adolescente y él tenía veintitrés años no podían salir juntos, pero él estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta, hasta que la diferencia de edad entre ellos se notara menos. Pobre Alejandra, pensaba Mara, no sabe que Jon la está utilizando como excusa para mantener el contacto conmigo. A veces, solo a veces, una brisa de sensatez le insinuaba que sus pensamientos eran una mera fantasía, que Jon la trataba con cariño porque era la hermanita de su novia y tenía que ganar puntos. Pero prefería pensar lo primero. Un ruido sordo, tremendamente amplificado, golpeó el silencio y Mara contuvo la respiración. Apenas duró unos segundos, hasta que brotó el llanto de su madre, un llanto que era un amasijo de lágrimas, insultos y palabras de súplica. Mara se alegró de tener consigo el iPod de su hermana. Cuando se quedaba sola lo cogía para poder protegerse en caso de que comenzara una discusión. Se colocó los auriculares y puso la música a todo volumen, hasta que le comenzaron a doler los oídos.

Miró por la ventana y, ahora sí, vio que había luz en el jardín del chalé vecino. Le habría gustado poder mandarle un mensajito a Jon y verificar que ya estaba en casa. De todos modos, era fácil imaginárselo en el columpio del jardín fumándose un canuto, como hacía cada noche antes de acostarse. ¿Le daría una calada como hizo en las últimas Navidades?

Se puso un jersey. Todo estaba en silencio. Al salir de su cuarto presintió el llanto ahogado de su madre, que se había metido en el dormitorio. También le pareció oír a su padre preparándose una copa en la cocina. Bajó la escalera con sigilo y salió a la calle. A dos pasos estaba el chalé de Jon. No necesitó llamar al telefonillo porque habían dejado la puerta entornada.

La bombilla del porche le daba al jardín una luz tenue, de bodegón. Vio a Jon en el columpio, la cabeza apoyada en el hierro superior, como si estuviera contemplando las estrellas. Saludó en voz baja. No recibió respuesta, pero no había nada raro en eso: estaba acostumbrada a los silencios melancólicos de Jon. Se sentó junto a él y el columpio se meció suavemente.

Jon tenía un cuchillo hundido en el abdomen. La empuñadura blanca, de nácar, resaltaba en la oscuridad. También tenía sangre en las comisuras de los labios, como si hubiera regurgitado un poco.

Mara comprendió que estaba muerto. Se figuró que lo más normal era avisar a su padre. Pero no se atrevió a hacerlo. Pensó en salir corriendo de allí. El asesino podía estar registrando la casa. Podía estar escondido en el jardín. Pero se dio cuenta de que no tenía miedo. Lo que más le apetecía era quedarse un rato en el columpio junto a Jon.

Se acurrucó en su pecho y le acarició la barba de tres

días que a él le gustaba llevar. Se concentró en esquivar el reguerito de sangre que le caía de un labio.

A las doce empezaron los fuegos artificiales de San Isidro. Proyectándose al futuro, en un ejercicio que Jon le había enseñado a practicar, Mara supo que ese instante lo iba a recordar toda la vida.

La llamada se produjo a las nueve menos cuarto de la mañana. La atendió Andrés Moura, el oficial que estaba de guardia, preparándose ya para el cambio de turno. Una patrulla de zetas se había presentado en un chalé de la colonia del Manzanares, tras el aviso de una mujer con acento latino que decía entre jadeos y sollozos que habían matado al niño, que tenía un cuchillo clavado en la tripa, que estaba muerto y congelado de frío. Que por favor fueran cuanto antes. Los municipales tenían ya la zona acordonada.

El oficial Moura vio llegar al comisario un poco antes de su hora. Desde que había problemas en la Brigada de la Policía Judicial, madrugaba más de la cuenta. Manuel Arnedo torció el gesto al recibir el mensaje y lamentó lo inoportuno que era este homicidio. Sobre su mesa se apilaban los datos de las últimas revelaciones de la prensa: varios comisarios estaban acusados de favorecer los negocios de un empresario chino con conexiones mafiosas. Gálvez, el jefe superior de Madrid, le había pedido un informe sobre el tema, que llevaba varios días llenando páginas en los medios.

Además, las redes sociales ardían cada semana con denuncias de excesos policiales contra manifestantes. Había nervios, la conducta de la policía se examinaba con lupa.

En estas circunstancias, la investigación de un homicidio en un barrio acomodado de Madrid llegaba en el peor momento posible. La atención mediática que siempre acompañaba a estos casos multiplicaba el estrés en el trabajo. Los superiores querían resultados cuanto antes, y para eso era necesario doblar turnos y pedir a la gente un esfuerzo adicional.

El comisario Arnedo se quitó las gafas y se frotó los ojos. Un gesto aprendido, más que otra cosa, porque a esas horas, después de una ducha de agua caliente y de dos tazas de café bien cargado, no podía sentir el menor indicio de fatiga. Descolgó el teléfono y pulsó un botón. El timbre no había sonado tres veces cuando la impaciencia le hizo colgar y salir del despacho.

—Moura, ¿ha ido alguien al lugar del crimen?

—Estévez y Lanau.

—¿Carlos Luna no está?

—Entra a las nueve.

—Avísale, que vaya directamente a ver el cadáver. Quiero que se ocupe él de la investigación.

—¿Y Laura Manzanedo?

—También, que vayan los dos.

—Ahora mismo les aviso. Parece usted cansado, comisario.

—Ayer estuve dos horas en la pradera de San Isidro bailando el chotis con mi mujer. ¿Qué te parece?

—Mi madre también estuvo.

—Dos horas bailando a mi edad. Eso sí, tengo unas agujetas tremendas. Avísales, Moura, por favor.

Se metió en su despacho. Era verdad lo del chotis, pero había omitido el incidente con el chulapo, un hombre galante con demasiada querencia por bailar con su mujer. Arnedo consintió en que bailaran una vez, pero cuando vio que se disponían a bailar un segundo chotis intervino para reclamar lo que era suyo. Su mujer le recriminó su conducta de celoso posesivo. Sí, era un celoso posesivo. Un antiguo, como le dijo su mujer más tarde, ya en casa: «No entiendes los nuevos tiempos».

El comisario Arnedo miró en su móvil las fotos de la verbena de San Isidro. En una de ellas salía él con su mujer, los dos vestidos de chulapos. Le pareció que estaba guapo en la foto. Un hombre de los de toda la vida, que disfruta de un chocolate con churros y bailando un chotis con su esposa. ¿Tenía razón ella? ¿Se había quedado anticuado? Podía ser. Con los años, se había convertido en un dinosaurio en el trabajo y también en su matrimonio. Eran tiempos cambiantes, de maridos dóciles y cornudos y policías blandengues que no podían dar ni un porrazo.

Se había figurado de otro modo su primer día como mujer. A las nueve menos cuarto estaría en el Registro Civil, esperando a que abrieran las puertas para entrar antes que nadie. Recogería su nuevo documento nacional de identidad, el que consagraba el cambio de nombre y de sexo. Se tomaría un café disfrutando de la felicidad del momento, y después acudiría a su puesto de trabajo para darle la sorpresa a todo el mundo. Había ensayado con el doctor Coll la previsible escena: el estupor inicial, la incompreensión de sus compañeros, el cabreo de su jefe, las mofas de los primeros días.

—Visualiza la peor de las situaciones posibles —le había dicho el doctor Coll—. ¿Qué es lo peor que te puede pasar?

Lo peor... Para ese tipo de ejercicios le habría gustado tumbarse en el diván, pero el doctor Coll no era amigo de esas parafernalias, que consideraba pasadas de moda. Él concebía la terapia como una charla de dos amigos, una charla asimétrica, pues solo uno hablaba de sus problemas mientras el otro escuchaba, asentía y de

cuando en cuando aconsejaba. Pero, como decía el doctor, esa asimetría no se alejaba mucho de las amistades más usuales, en las que también hay una jerarquía más o menos sutil y un reparto de roles. Uno tiene los problemas y se queja por ello; el otro aconseja y ayuda en lo que puede. Así son muchas amistades, decía Coll, y así será la nuestra. Le gustaba este doctor por su falta de prejuicios, o por lo bien que los disimulaba, que para el caso es lo mismo. A los dos anteriores psiquiatras los había rechazado porque le daba la sensación de que pretendían curarle de una enfermedad. Y él no tenía ninguna enfermedad. Simplemente, había nacido con el sexo equivocado.

La ley le obligaba a ponerse en manos de un psiquiatra. Le costó un año de terapia conseguir el diagnóstico de disforia de género, requisito imprescindible para poder iniciar el tratamiento hormonal. Ese era el momento de decir adiós al psiquiatra y ponerse en manos de un endocrino. Sin embargo, se le hacía muy cuesta arriba afrontar los dos años de cambios hormonales sin la ayuda de la terapia, así que continuó visitando al doctor Coll, al principio una vez cada quince días, y finalmente una vez por semana. Eran muchos los temores que la asaltaban según se iban haciendo más visibles los cambios hormonales.

—¿Cuál es tu peor pesadilla? —le decía el doctor Coll—. ¿Te da miedo que alguien descubra antes de tiempo que te estás convirtiendo en una mujer?

Le daba miedo, sí, pero nadie lo descubrió. Le parecía increíble: tenía las manos más finas y menos velludas, la piel más tersa, por efecto no solo de las hormonas, sino también de la depilación láser, y las cejas, que antes componían un bosque enmarañado, ahora parecían dos rayitas pintadas. El crecimiento de los senos era más fácil de enmascarar debajo de las camisas holgadas, aunque al-

guna tarde en el vestuario, cuando se estaba cambiando, alguien podría haber observado el fenómeno. Nadie se fija mucho en nadie. Esa era la única explicación.

«Te noto un poco raro.» Esa frase sí la había oído dos o tres veces. Hasta ahí había llegado la suspicacia en su entorno.

El doctor Coll era partidario de no esconderse, de informar cuanto antes a todo el mundo de lo que estaba pasando. Natalia compartía esa opinión, pero ellos no conocían su entorno de trabajo. Era mejor esperar y dar la noticia como un hecho consumado.

Había tenido que llevar en secreto el sufrimiento por los efectos secundarios del tratamiento hormonal. Un par de noches se quedó dormido en plena vigilancia, algo que no le había sucedido nunca. La somnolencia, con lo embarazosa que podía llegar a ser en su trabajo, no era lo peor. En un interrogatorio a un inmigrante al que habían detenido con droga casi se echó a llorar al escuchar el relato de la vida que tenía ese hombre en su país: hijos abandonados, miseria, pobreza heredada de generación en generación. Muchos detenidos contaban milongas así para intentar ablandar a la policía. Lo normal era contestar con un sarcasmo o bien con la indiferencia más brutal. Por culpa de las pastillas, Luna se tenía que aguantar las ganas de llorar.

Tampoco era cómodo notar el hormigueo de la agresividad, todo el rato a flor de piel. Ya no estaba la vida policial para ir repartiendo mamporros por ahí. Los tiempos han cambiado, antes a un policía se le podía ir la mano con un sospechoso, y en los interrogatorios se arrancaban confesiones a base de palos.

Ahora, una sola hostia y te pueden buscar la ruina. En tres ocasiones tuvo que pedirle a Laura Manzanedo

que siguiera ella con el interrogatorio, que él no podía. Se notaba a un segundo de liarse a golpes con el detenido. El endocrino le confirmó que la agresividad era uno de los efectos más usuales de las pastillas. También la hipersensibilidad. También la tendencia a la depresión. Cuántas veces la había llamado Laura por teléfono, de noche, para interesarse por su estado, pues le había notado triste todo el día.

No, no había sido fácil. Se había sentido muy sola en todo el proceso, apenas apoyada por Natalia, que la llamaba con frecuencia para ver qué tal iba todo y darle ánimos.

¿Qué es lo peor que te puede pasar? El doctor Coll le martilleaba con esa pregunta y le ponía a Natalia como ejemplo. Si su ex había aceptado la situación, todo el mundo podía hacerlo. ¿Quién puede reaccionar con más rabia a la noticia del cambio de sexo? Su mujer, la madre de su hijo. Ella sufría las consecuencias más directas: la separación, por descontado, pero también el sentimiento de estafa y el humillante engorro de contar por ahí que su marido era en realidad una mujer. Y, sin embargo, se lo había tomado bien. Daba que pensar: tal vez estaba asfixiada por un matrimonio que no quería; igual le gustó saber que si su vida juntos hacía agua no era por su culpa, por no saber quererle. Había una explicación rotunda que a ella la eximía de toda responsabilidad.

Si Natalia te acepta y te ayuda, decía el doctor Coll, también pueden hacerlo tus compañeros de trabajo. Pero es que Natalia le quería mucho y se gustaba siendo buena persona en las circunstancias más extremas. No, doctor Coll, en el trabajo no va a ser así. En el trabajo le van a dar palos, la van a acosar, se lo van a hacer pasar francamente mal. A la gente le gusta reírse de los que son distintos, la tolerancia no existe salvo como palabra

altisonante que todos podemos invocar de vez en cuando. La vida es una mierda, doctor Coll.

No le importaba más de la cuenta. Había reunido el coraje necesario para enfrentar las mofas y las trabas. Estaba dispuesta a defender su felicidad. Con el carné de identidad en la mano, sentía que por primera vez en sus cuarenta años de vida era feliz. Sofía Luna González. Eso decía el carné. Sexo: mujer. Pero se había figurado un sentimiento de euforia más duradero. Un desayuno largo, una llamada telefónica a Natalia para informarle de que ya estaba hecho, ya era oficialmente una mujer. Al salir del Registro Civil vio que tenía cinco llamadas de Laura en el móvil. Escuchó el mensaje del buzón de voz: había un chico muerto, un asesinato. Ella se dirigía al lugar del crimen, un barrio de chalecitos muy cerca del río, en la colonia del Manzanares. Le esperaba allí. El mensaje cambiaba por completo el signo del día. Ahora tenía que presentarse no en la Brigada, sino en el lugar de un crimen. ¿Podía ir vestido de mujer y desconcertar a sus compañeros en los primeros pasos esenciales de una investigación? No podía. Tenía que ir a casa y cambiarse de ropa, quitarse la peluca y el maquillaje, vestirse de hombre y alargar un día más su vida masculina. Los ensayos con el doctor Coll no habían servido de nada. No se les ocurrió anticipar este escenario, un crimen inesperado, atroz, y ella apareciendo de mujer en ese ambiente.

El teléfono vibró y Sofía miró la pantalla esperando encontrar el nombre de Laura. Era Natalia. Respondió al instante.

—¿Ya? —sonó una voz alegre al otro lado.

—Sí. Ya tengo el DNI.

—¿Lo has oído?

—No.

—Huélelo. Las cosas bonitas se huelen. ¿No hueles los libros?

—Supongo que huele a plástico. Pero no lo voy a oler.

—¿Me invitas a un café? Me apetece verte. Quiero ver ese DNI.

—No puedo, cariño. Tengo trabajo. Un muerto.

—Vaya, qué mala suerte. Empiezas bien tu nueva vida.

—Eso parece.

—¿Cuándo se lo vas a contar a Dani?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé. Se lo vas a contar ya. Esta noche. Como muy tarde mañana.

—Tengo un caso nuevo. No sé si voy a tener tiempo.

—Carlos, déjate de excusas.

—¿Carlos?

—Perdón. Sofía. Todavía no me he acostumbrado.

—Hablaré con Dani cuando pueda. ¿Vale?

—No dejes de hacerlo. Es muy importante para él. Y para ti también.

—Lo sé.

—Y esta noche no hagas planes, que me paso por tu casa. ¿Tienes vino?

—Creo que había una botella.

—¿Crees? Llevaré una por si acaso. No podría soportar que no tuvieras nada.

—¿Tan ansiosa eres con el alcohol?

—No soy ansiosa, idiota. Quiero brindar por tu nuevo sexo. Y se brinda con alcohol.

—Ya sabes que con las pastillas no puedo beber mucho.

—Pues esta noche te vas a tomar una copa conmigo. ¿Estás contenta?

Sofía se quedó pensando la respuesta.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Te he preguntado si estás contenta.

—Creo que sí.

—Bueno. Pues luego te llamo para ver qué tal vas. Un beso muy fuerte y enhorabuena.

Natalia. Increíble lo animosa que era. Lo detallista. Increíble lo mucho que la quería. Pero también era su mosca cojonera. La que le recordaba cada vez que hablaban que tenía pendiente una conversación con su hijo. Nunca se había visto capaz de hablar con él, de sincerarse. Podía haberlo hecho cuando era más pequeño. Pero ahora Dani tenía diecisiete años. Y los diecisiete años de Dani le daban más miedo que adentrarse con el coche policial en el barrio más peligroso de Madrid. Había considerado la posibilidad de no contárselo nunca. Los fines de semana que viniera Dani podía vestirse como un hombre y ser el padre de siempre. Ni que decir tiene que el doctor Coll rechazaba esta manera de proceder.

¿Qué es lo peor que te puede pasar?

A Dani le gustaba llamar a su padre para contarle qué tal le habían salido los exámenes. Cuando intuía que iba a suspender alguna asignatura se lo contaba por adelantado para irle preparando. Estaba claro que quería amortiguar el posible cabreo al encontrarse el suspenso de sopetón.

¿Cuál es tu peor pesadilla?

También le gustaba preguntarle por sus casos policiales, y se ponía morbosos con los detalles de los crímenes, sobre todo cuando habían salido en la prensa. Pero de esos no había muchos. A Dani le gustaba que su padre fuera policía.

¿Lo peor? Lo peor no es el acoso que me espera en el trabajo. Lo peor no es un posible despido, ni la fantasía de que nunca más encontraré pareja. Lo peor es perder el afecto de mi hijo, doctor Coll. Esa es mi peor pesadilla. Que mi hijo no me quiera más.